

ACCÉSIT: IX CONCURSO DE NARRATIVA FUNDACIÓN HUGO ZÁRATE.

EDICIÓN 2014.

Título: “DIRECTA A LA PERDICIÓN”. Autora: MAYTE CASTILLO ZAHONERO.

-Solo un poco más.

Las gotas de sudor caían por mi frente mientras recorría el pasillo con la mochila cargada de drogas, dándome toda la prisa que podía para que no me atraparan.

El plan iba según lo previsto. Eran las dos de la madrugada y reinaba el silencio en la Casa. Caminaba sola en la oscuridad, ansiando poder salir al exterior. Quizás habría sido más sencillo hacer aquello en pleno día pero si los tutores veían lo que pretendía hacer con todas esas drogas me expulsarían de inmediato.

El corazón se me aceleró cuando divisé la puerta de salida al final del pasillo. El miedo a ser descubierta se mezclaba con la adrenalina de llevar a cabo mi plan y mi corazón latía con tanta fuerza que llegué a pensar que el sonido me delataría. Tardé dos años en completar aquel arsenal y cuando miraba la rebosante mochila, era tal la satisfacción que invadía mi cuerpo que tenía que esforzarme en reprimir un grito de alegría. Marihuana, cocaína, LSD, éxtasis... Y era todo mío, podía hacer lo que quisiera. ¡Tanto tiempo escondiéndolas! El último paso para poder calmar mi ansiedad era salir de la Casa.

Giré el pomo de la puerta de salida y en unos segundos corría por el viejo camino que llevaba al bosque bañado por la tenue luz de la luna. A medida que me alejaba de la Casa fui aminorando la velocidad sin poder evitar sonreír por la emoción del momento, hasta que divisé el acantilado. Mi destino.

Avancé lentamente, llegando casi al borde del precipicio. En la oscuridad de la noche el mar parecía sacado de un cuento siniestro de Edgar Allan Poe, el escenario ideal donde

cometer actos en contra de lo establecido como estaba a punto de hacer yo. No se veía apenas nada, no se escuchaba apenas nada. Únicamente las olas chocando contra las rocas. Pero no me daba miedo, cualquier sitio era preferible a estar en la Casa.

Miré fijamente el negro horizonte. Ya no había marcha atrás, al fin podía hacer lo que tanto había deseado. Abrí la enorme mochila llena de drogas.

-¿Con qué empiezo primero?

Saqué una bolsita transparente con pastillas blancas. Las observé, casi hipnotizada...

-Qué más da, mejor todas a la vez.

Y con un gesto brusco lance todo el contenido de la mochila al mar.

¡Al fin me deshacía de aquellas malditas drogas! Desde que me dieron la primera dosis hacía dos años, el día en que cumplí los quince, me prometí a mí misma que jamás me metería esa mierda en el cuerpo. Por eso la guardé, igual que había ido guardando todas las dosis que me habían dado hasta aquel día, porque me negaba a convertirme en una drogadicta como los estúpidos de mis compañeros.

Lástima que en la Casa, no tomar drogas estuviera penalizado.

-Irene no se droga.

Esas fueron las palabras que salieron de la boca de mi tutora, la señora Pons, en el despacho del director. Inmediatamente, el director de la Casa posó sus ojos sobre mí con una mirada llena de incredulidad. En aquel momento no podía sentir más que miedo, miedo al castigo que me impondrían al enterarse de que les había estado mintiendo. El director me observaba fijamente y yo, echa un matojo de nervios, sólo pensaba en no

apartar aquellos ojos grises de los míos. Tras varios segundos de incómodo silencio por fin despegó los labios.

-Podríamos echarle por esto, ¿lo sabes?

Su ronca voz se incrustó en mi cabeza como un martillo gigante dispuesto a hacerme pedazos. Lo que me temía. Claro que sabía que me podían expulsar por no tomar drogas, pero había ideado aquel plan hacía meses y pensaba que nunca me pillarían. “Tiraré por el acantilado todas y cada una de las dosis que me han ido regalando los tutores” pensaba a menudo. Pero justo en el momento en que me deshice de ellas el conserje de la Casa estaba en el bosque disfrutando del suave aire fresco de las noches de verano y me vio. Así que allí estaba, pensando en ir haciendo las maletas.

Las cosas iban tan bien y había estado tan cerca de conseguirlo... ¡Incluso aprendí a fingir el síndrome de abstinencia! Pero había sido en vano.

El director miró a la señora Pons y luego me dijo que tenían que meditar lo que harían conmigo.

-Ve a tu habitación y espera. Dentro de unos minutos te comunicaremos tu castigo- dijo la señora Pons con tono severo.

Salí del despacho y me dirigí a mi habitación. Era temprano, las nueve de la mañana de un sábado, por lo que todos mis compañeros estarían durmiendo o aún no habrían vuelto de fiesta.

¡Maldita sea! Falló el plan. Mi plan. Era perfecto: hacer creer tanto a los tutores como a mis compañeros que tomaba drogas igual que todos los habitantes de la Casa y de esa manera me aseguraba un lugar donde vivir. La farsa iba bien, yo fingía que solía consumir marihuana y que me emborrachaba cuando nos obligaban a salir de fiesta los fines de

semana y así tenía contentos a los tutores. Hasta aprendí a liar porros aunque nunca fumé ninguno, pero siempre me las ingeniaba para que mis compañeros pensarán que sí lo hacía. Fingir se me daba bastante bien, solo tenía que ver como se comportaban los demás después de drogarse y listo. Copiar y pegar. Me ponía gotas en los ojos para que se pusieran rojos y al llegar a la Casa por la mañana me tambaleaba o simulaba que me costaba hablar y entender lo que me decían los tutores.

Obviamente, evitaba mostrar mi opinión en público puesto que estaba segura de que mis compañeros no me comprenderían. Ni uno. Todos estaban encantados de vivir aquella vida, pero a mí me parecía de lo más ramera y vulgar. Nacías de una mujer y un hombre que por su adicción a la droga eran incapaces de cuidarte, por eso a todos los recién nacidos nos mandaban directamente del hospital a la Casa más cercana, para ser educados por unos tutores que habían jurado no drogarse jamás. Nunca volvías a ver a esas personas que te engendraron, pero la verdad, a mí me daba igual. La mayoría morían de sobredosis antes de llegar a los cuarenta. “Vive deprisa y deja un cadáver joven” era el lema escrito en los carteles que empapelaban toda la ciudad.

Una vez se me ocurrió quejarme en voz alta delante de mi compañera de habitación y casi me tira por el balcón.

-No sabes vivir la vida.- empezó a sermonearme con su estridente voz- Esto es lo normal.

Lo normal. Esa frase me encantaba. Todos defendían aquella postura porque era lo normal. Lo normal era crecer en la Casa y esperar con ilusión cumplir los quince años para consumir droga por primera vez. A partir de ahí, si te portabas bien te regalaban la que tú quisieras. Nos educaban así, desde pequeños los tutores nos explicaban las maravillosas maneras que había de consumir para que apreciáramos los placeres de las drogas o lo divertido que era ponerse hasta las cejas de alcohol. Y a mí no me gustaba.

No sabría decir la razón exacta pero así había sido siempre. No aceptaba vivir de esa forma, punto. Por eso nunca consumía nada. Odiaba cuando nos obligaban a ir a fiestas con habitantes de otras Casas y cuando volvíamos, los tutores nos evaluaban para ver cuán drogados estábamos. Cuanto menos control teníamos sobre nosotros, más orgullosos se sentían y si alguien moría de sobredosis se hacía una fiesta en su honor. Gente tirada por el suelo incapaz de levantarse, perdiendo el uso de la razón, vomitando, diciendo frases sin sentido. Donde el resto veía diversión, yo veía caos. Por eso decidí tirar las drogas por el acantilado.

A veces me paraba a pensar cómo habría sido vivir en otro mundo en el que la sociedad fuera diferente, un mundo en el que no fuera necesario tomar drogas. En el que no me obligaran a salir cada fin de semana para tomar alcohol y ponerme ciega de pastillas y que no me penalizaran por no consumir. Un lugar donde la humanidad no me repudiara por ser distinta, en el que pudiera tener una opinión propia, respetada y no me repitieran cada día aquello de “No sabes vivir la vida”. Me habría encantado no tener que crecer en la Casa donde teníamos un tutor cada treinta niños y ninguno sentía ni el más mínimo atisbo de cariño por nosotros. Ojalá pudiera vivir en una casa propia con alguien que me cuidara, me quisiera y no muriera de sobredosis antes de cumplir los cuarenta años.

Pero la realidad era distinta, si conseguía permanecer en la Casa viviría allí hasta cumplir los veinte años y luego podría salir al exterior donde reinaba la pobreza y las personas se mataban unas a otras para robarse droga. La vida era así, había que disfrutar de la juventud como debía ser y luego ya se vería. Por ese motivo me daba miedo que me echaran, no estaba preparada para enfrentarme al exterior aún.

Intuía que algunos de mis compañeros sabían que opinaba diferente a ellos porque la mitad no me hablaba y la otra mitad lo hacía por educación pero con una mirada llena de desprecio. Naturalmente, no entendían por qué no quería ser como el resto y por esa razón

me ignoraban. Nunca me había importado ser distinta pero en aquel momento me lo estaba empezando a replantear.

En la Casa vivíamos más de mil personas y de todas ellas yo era la única diferente. ¿Me estaría equivocando? Seguía pensando que consumir drogas acababa con la dignidad de las personas, pero, ¿de qué servía la dignidad? Cuando saliera al exterior las calles estarían llenas de gente a la que su dignidad no le importaba nada.

Estaba tan harta de aquella lucha... Me cansaba tener que estar fingiendo todo el tiempo, esforzándome por ser fiel a mis principios. ¿Y a qué precio? Vivir a mi manera, sí, pero eternamente sola. Si fuera como los demás quizás podría tener algún amigo que no me juzgara y desaparecería ese vacío de mi interior que me impedía pensar en un futuro optimista.

Toc, toc, toc.

El director entró en mi habitación con la señora Pons.

-Hemos decidido que no vamos a castigarte- dijo el director- Estás confundida y te entendemos. Pero aún no es tarde para hacer lo correcto.

La señora Pons abrió una cajita de madera con pastillas.

-Es normal tener miedo a lo desconocido- continuó el director- pero te prometo que esto te hará olvidar los malos momentos y te dará felicidad cuando sientas tristeza. Sólo queremos lo mejor para ti. Si no lo pruebas, ¿cómo sabes que no te gusta?

Tal vez tenía razón. Tal vez había sido una tonta toda la vida y había hecho mal en rechazar aquel tipo de vida.

Durante cientos de noches, alcé la vista al cielo y pregunté a las estrellas por qué no podía ser feliz si el resto de habitantes de la Casa no paraba de repetir una y otra vez lo dichosos que eran. Y en aquel momento obtuve mi respuesta, aunque creo que siempre la supe. Ellos encajaban, se querían, se compenetraban. Porque eran iguales. A lo mejor ya era hora de crecer y probar cosas nuevas. Además, si todo el mundo lo hacía no debía ser tan malo como pensaba.

Tanta gente no podía estar equivocada, ¿verdad?

Cogí una pastilla y me la tomé.